

Las armas de la paz

TANTO España como América necesitan organizar su propaganda internacional, hasta para desvirtuar la ajena, que les es, por lo común, contraria.

Una de las cosas más esenciales para ello y para la mayor y más eficaz inteligencia de las repúblicas hispano-americanas entre sí y de todas ellas con España, es la comunicación telegráfica, aérea o submarina, sin intervención de tercero. Hasta ahora ha faltado un cable exclusivamente de Hispano América o conjuntamente de América y España. Parece innecesario recalcar sobre la importancia de un cable como arma política y económica. La información es la nodriza del prestigio.

Hoy estamos a merced de ingleses, franceses y yanquis. Cuando la guerra de España contra los Estados Unidos, el cable inglés encajaba traidoramente cien puñaladas cada día a la esperanza española, a la economía española, al Ejército, al prestigio y al honor españoles.

La mayor parte de los cables que se reciben en Europa de los países americanos proceden de Yanquilandia, o bien obedecen a inspiración yanqui, así aparezcan como de Buenos Aires, Asunción, La Paz, Habana, Managua, Tegucigalpa, Valparaíso, Veracruz, Ciudad Bolívar, Guayaquil, Bogotá, etc., etc.

Esto es, como si los lobos hablasen en nombre de los corderos.

No se cablegraffian sino terremotos, revoluciones, desastres. Que se le va un tiro a un ciudadano y hiere a un policía: revuelta; que cae al Magdalena, al Apure, al Paraná, a cualquier otro río, algún holandés borracho, y en dos o tres días no se encuentra su cadáver: inseguridad en los extranjeros; que no se asiente a alguna reclamación fraudulenta contra el Estado—de esas que casi siempre apoyan y algunas veces inspiran, y no por amor al arte exclusivamente, los diplomáticos extranjeros—: denegación de justicia. Hispano-América toda: un desierto peligroso cruzado de tigres y de hombres más feroces que los tigres.

Los cinematógrafos completan la obra de los cables: el traidor, el ladrón, el cobarde, el vicioso, el raptor de la joven inocente, el mal hombre, suele ser algún mejicano de sombrero cónico y aspecto de truculencia, o simplemente un tipo moreno, de patillas negrísimas, llamado Gómez, González, Rodríguez, que puede ser de cualquiera de los pueblos españoles, ya europeos, ya americanos.

Entre tanto, y a pesar de sus de-

tractores, la América crece: escribe, lee, piensa, legisla, comercia, explota sus minas, navega sus ríos, penetra en sus bosques, higieniza sus ciudades, las embellece, las dota de museos, bibliotecas, escuelas. A pesar de las siniestras profecías de pedantes anti-páticos como el francés Gustavo Le Bon, que vive de rodillas, idólatra y servil, ante yanquis e ingleses, la América levanta la cabeza.

Y contra la voluntad de todos sus enemigos, desmintiendo los cables y cinematógrafos del yanqui, las agore-rías ridículas de la pedancia científica francesa y las informaciones tendenciosas e interesadas de periódicos y periodistas europeos, sin responsabilidad, sin documentación y sin talento, la América de origen español, tomada en conjunto, ha realizado durante un siglo esfuerzo tan asombroso que no es inferior en nada al esfuerzo de los mismos Estados Unidos, aunque América haya luchado con factores adversos que los Estados Unidos no conocieron.

Poco antes de la guerra, por ejemplo, la importación y exportación de la América latina en globo, no era inferior a la importación y exportación de la América sajona. Ahí están las estadísticas.

Se admira y se adula a los Estados Unidos de Norte América porque representan un poder político único; y se desconoce y se niega a los Estados Desunidos de Sur-América porque representan múltiples estaditos que no infunden miedo a nadie.

Bolívar tuvo razón cuando luchó por confederarnos: prometiéndonos, unidos, un puesto director en los negocios del planeta; augurándonos, si desunidos, la insignificancia y aun el oprobio.

Aquel Roosevelt yanqui que pasó en su país por eminente hombre de Estado y que vivió contradiciéndose como mediocre y ruidoso gacetillero que siempre fué, dijo en cierta ocasión que ninguno de los Estados de la América española pasaría de ser, en sus días de más esplendor, un pequeño Portugal. Poco después el hombre ése, aunque sin confesar su despropósito, lo enmendaba asegurando—había he-

cho un viaje a varias repúblicas hispánicas—que si el siglo XIX había sido el siglo de la América sajona, estaba convencido de que el siglo XX iba a ser el siglo de la América latina.

Creo que ya se ha dicho que nada se parece tanto a un profeta como un charlatán.

• •

Pero, ¿qué se sabe de América, de la verdad de América, en Europa? ¿Qué se sabe, ni aun en España, que pudiera leer—aunque no lee—nuestros periódicos, nuestros libros, nuestra legislación, y descubrirse a sí misma en nosotros?

Tomemos el caso de Méjico, pueblo diez veces admirable, por su energía, por su inteligencia, hasta por sus desórdenes. ¿Qué se ha dicho durante diez años en Europa? Se ha dicho cuanto los yanquis quisieron que se dijese; y apareció Méjico, el gran pueblo de Hernán Cortés y Guatemoc, como un país de bandoleros.

Sin embargo, no había que observar la superficie de las cosas, sino su fondo y esencia. A pesar de los excesos inherentes a toda revolución, y sin los cuales una revolución no existe—porque la revolución consiste precisamente en la superación violenta de antiguas normas,—en Méjico se cumplían y se cumplen prodigios.

En aquel país, librado de las garras de un odioso tirano que se apoyó, contra su pueblo, en los capitalistas nacionales y extranjeros—aquel Porfirio Díaz, cuyas muletas fueron la plutocracia y el terror—, en aquel Méjico que se alzó de la gleba y de la ergástula, se cumplieron a un tiempo dos revoluciones: una revolución interna de manumisión: el proletariado de ciudades y campos contra los capitalistas y terratenientes; y otra revolución externa: la independencia de México contra los Estados Unidos.

Antes que Rusia—aun era Rusia imperio de los Zares—ya tuvo México en la letra de sus leyes y en la práctica de su vida el comunismo triunfante. Y en cuanto a su lucha de liberación contra el yanqui, no ha cesado esta guerra santísima desde que cayó el monstruo porfiriano, cruel, inexorable con el indio pobre del Sur; todo miel y concesiones petrolíferas, ferrocarrileras, bancarias y territoriales con el hombre rubio y capitalista del Norte.

Mientras Porfirio Díaz gobernó para la plutocracia yanqui-mexicana, los Estados Unidos aplaudieron a México y la bautizaron la república anglosajona de la América Latina. Colmo de elogio en boca yanqui. Pero desde que cayó Díaz, desde que el cupón dejó de cobrarse, desde que los grandes latifundios fueron parcelados, des-

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consultas: de 2 a 4 h.

EXCEPTO LOS DOMINGOS

— TELEFONO 857